

## Las mil maneras relumbronas de Nabokov

Pocos ejemplos más enigmáticos sobre lo que son las modas literarias, que la difusión mundial de Vladimir Nabokov. Había cumplido una larga carrera en la emigración rusa de París, con una nutrida serie de libros, sin que recibiera atención como no fuera la distraída no encubierta de Sartre. En su período norteamericano agregó otros títulos y sólo aquellos destinados a completar sus tareas de profesor tuvieron esa circulación obligada de los libros de estudio sobre la literatura rusa. Repentinamente *Lolita* consigue, mediante el escándalo, atención sobre su figura y el descubrimiento admirado de su pasmosa capacidad de prosista.

Ese éxito fue necesario para que en español ingresaran unos tras otros sus diversos libros, incluso aquellos más desguarnecidos, al tiempo que en Estados Unidos y Europa occidental se los reeditaba. La admiración por su manejo del idioma inglés, con una reciente y pasmosa incursión en la poesía, ha sostenido el elogio de la crítica hasta el punto de distraerla de los restantes aspectos de su literatura, sobre todo de esa capacidad de gran pastichista que le permite rozar todas las maneras posibles en un juego elegante, crítico y desapegado a la vez, refractando la literatura de los demás en sucesivos arabescos coloreados. Si algún sentido y aplicación tiene la palabra "formalismo" a Nabokov se lo podría dirigir con justeza.

Es más que difícil determinar en él una visión coherente, singular, de la realidad, aunque sí es posible detectar una muy hábil manera de "comentar" la realidad, que traduce su firma en el extremo del cuadro. Esta falta de unidad interior de la creación es la misma que explica su absoluta desaprensión moral, muy evidente en *Lolita* cuando se mide la distancia que va, de su tratamiento, al demonismo dostoiévskiano del que parte para burlarlo, pero muy evidente también en el trabajo "a la Kafka" de *Invitado a una de*

capitación y aun en el trabajo "a la Mann" de *La verdadera vida de Sebastian Knight*. Indiferente a los temas que elabora, indiferente a las incidencias originales sobre la realidad, su especialidad es la decoración, donde demuestra un fabuloso sentido de la descripción tanto de la naturaleza como de las personas, y una medida del ritmo, del humor distante, del frasco literario en la gran tradición del estilo noble. (Podría parangonarse con algunos Durrell).

Estos doce cuentos (\*) seleccionan sus "cortos" desde 1931, y su amplia variación permite comprobar, en un volumen de apenas doscientas páginas, algunas de las muchas maneras del autor, y el sonido superficial, decorativo, de su estilo. El humorismo de "El productor asistente" o de "Un poeta olvidado" es el material más endoble, aunque no tanto como "Conversación 1945" que intenta el fantástico burlón. Lo mejor está en lo autobiográfico o lo que está rozado por su vida pasada, donde se reconoce la gran tradición de la prosa memorialista rusa, con su delicadeza y rapidez para la evocación. Son los cuentos "Mademoiselle O" que da título al volumen y "Primavera en Fialta", donde queda amonedado un perfil verdadero.

No hay duda de que Nabokov ha puesto en sus libros todo su talento; tampoco hay duda de que es mucho y de que con él se asaltan las ciudadelas del éxito, pero la irreverencia de ese talento, su calidad relumbrona, le acercan demasiado al renglón de la chafalonía.  
A. R.

(\*) VLADIMIR NABOKOV: *MADemoISELLE O*. Buenos Aires, Sur, 1963. 302 ps. (Trad. del inglés de Edgardo Gazarinsky).